

**1** El día 12 de noviembre, François Ortoli, ministro de Finanzas, anunció un conjunto de severas medidas financieras: subida de la tasa de descuento del 5 al 6%, restricción de los créditos bancarios, etc. ¿Por qué han suscitado estas medidas tan gran emoción?

• Se trata de medidas de austeridad que constituyen una especie de plan de estabilización. Por una parte, reducen en cerca de dos mil millones de francos el total de los créditos que los bancos podrían conceder a las empresas y, veremos más tarde, cómo esto ha podido molestar el intento de especulación por parte de estas empresas. Por otra parte, el costo de los préstamos bancarios, a los que se le llama el «alquiler del dinero», será sensiblemente más caro, lo cual incitará a las empresas a la reflexión antes de solicitar créditos de los bancos. Los gobiernos toman generalmente estas medidas restrictivas en épocas de inflación, de recalentamiento. Suponen un frenazo a la expansión de ahí, precisamente, la emoción que han despertado.

**2** Desde el mes de junio, el gobierno y el patronato no han cesado de afirmar que la salida adelante por una expansión acelerada era el único medio de compensar las pérdidas que resultaron de la huelga general de mayo-junio. ¿Por qué entonces este inesperado frenazo que parece contradecir la política de los últimos cinco meses?

• Ortoli fue bastante claro en este sentido. Dijo que las medidas restrictivas no habían sido motivadas por la inflación —la subida de precios fue contenida en límites considerados como aceptables— ni por el recalentamiento. No se puede hablar de recalentamiento, en efecto, cuando existen más de medio millón de parados y capacidades de producción sin utilizar.

Según Ortoli, el frenazo a la expansión ha sido motivado, esencialmente, por las amenazas que hacen pesar sobre el franco las enormes pérdidas de divisas que Francia ha experimentado desde hace seis meses: estas pérdidas totalizan alrededor de tres mil millones de dólares, es decir, cerca del cincuenta por ciento de las reservas que disponía a principios de mayo el Banco de Francia.

Hecho interesante es que esta disminución de las reservas no ha sido

debida al déficit del comercio exterior; este déficit se eleva, desde mayo, a quinientos veintidós millones de dólares, y su carácter provisional se constata por el hecho de que, en octubre, las exportaciones francesas equilibraban las importaciones. En otras palabras, Francia continúa siendo competitiva.

**3** ¿Cómo explicar la fuga de capitales?

• Los grupos financieros, las bancas privadas, los detentadores de capitales extranjeros, e incluso los pequeños ahorradores, han sido particularmente sensibles a los rumores sobre la revaluación del marco alemán. Convirtiendo sus francos en moneda alemana, los especuladores esperaban realizar un beneficio importante y rápido. A pesar de los desmentidos de los dirigentes de Bonn, la especulación proseguía. Pero existen otras razones para la exportación de capitales:

a) El deseo de escapar a los impuestos; las cargas fiscales son más fuertes en Francia que en Suiza o en los Estados Unidos.

b) El temor a las medidas sobre los derechos de sucesión. Esto, para los ricos, es una gran preocupación. De todos modos, existe una escapatoria: se pueden vender en la Bolsa de París los títulos de la sociedad familiar —siempre que se coticen— y después hacer recomprarlos en Suiza con nombre falso.

c) La posibilidad de realizar importantes beneficios: no solamente los fondos invertidos en Francia están sujetos a mayores impuestos que en el extranjero, sino que, también, son menos remuneradores.

d) La búsqueda de una garantía de seguridad política: los detentadores de capital temen una repetición de la revolución de mayo y, algunas veces, la invasión del ejército rojo. Además, los capitalistas están muy «aborregados»: multiplican sus envíos de fondos al extranjero cuando se enteran que los otros están haciendo lo mismo.

**4** La restricción del crédito y el aumento del alquiler del dinero, ¿hasta qué punto puede entorpecer la exportación de capitales?

• La mayor parte de los financieros consideran que no lo conseguirán de inmediato. Sostienen que las medidas tomadas para salvar al franco acrecentarán, al contrario, la

**D**E GAULLE ha dicho no. El franco no se devaluó. En su discurso del domingo, el general fustigaba a un cierto sector del capitalismo, que exportó capitales huyendo de la política económica gaullista, y ofrecía garantías a este mismo capitalismo para el futuro. La posición tradicionalmente mantenida por la Francia gaullista no era más que un intento de rebeldía frente a la hegemonía americana en el Sistema Monetario Internacional (véase "En punto"). Para ello, proponía soluciones que, como las de vuelta al patrón-oro, eran simplistas y utópicas. De hecho, con estas propuestas no se trataba de mejorar la situación de los países subdesarrollados respecto del sistema, sino repartirse los beneficios sacados en estos países de una forma más favorable a los grupos europeos. Con el sistema actual, son los Estados Unidos quienes se llevan la parte del león en el reparto. La política francesa anti-dólar llevó al Banco de Francia a convertir en oro grandes cantidades de dólares: de 750 millones de dólares en reservas-oro en 1958 pasó a 5.234 millones en 1967. El capitalismo americano respondió con una maniobra de gran alcance, en la que se incluía la sospecha de una posible revaluación del marco. Esta revaluación no interesaba a los alemanes, porque coartaba su expansión al encarecer sus productos de exportación. Pero la duda hizo que 2.500 millones de dólares en francos se marcharan de Francia, huyendo de las medidas gaullistas a raíz de la crisis de mayo, y buscando la seguridad de una ganancia fácil en la República Federal y en Suiza. A continuación presentamos un exhaustivo documento donde se estudian las causas de la huida del capital francés.

desconfianza de los detentadores de capital y les incitarán cada vez más a especular sobre una devaluación. Esta impresión fue confirmada en Basilea, donde franceses llegados de los departamentos vecinos se amontonaban en los bancos suizos para cambiar sus maletas repletas de billetes. Fueron tantos los que se desplazaron a Basilea que crearon embotellamientos en el centro de la ciudad.

Sin embargo, el gobierno estima que las medidas restrictivas no dejarán de producir ciertos efectos en las semanas y meses venideros. En apoyo de esta petición, Ortoli lanzó una aplastante acusación contra ciertos jefes de empresa: estos últimos —declaró— recurrieron a las «facilidades bancarias» que les fueron ofrecidas en una medida que supera «las necesidades normales de la economía» y que «facilitaba las especulaciones» sobre una eventual revaluación del marco alemán. Dicho de otro modo: Ortoli acusa a buen número de patronos de haberse aprovechado de las subvenciones, de los créditos especiales y de las facilidades fiscales que debían empujarlos a invertir, para comprar marcos y francos suizos, situados en el extranjero, en vez de dedicarlos a instalaciones y maquinaria.

Esta acusación es terrible. Inculpa a la burguesía francesa de desviación de recursos de la nación y de apropiación con fines especuladores del dinero de los contribuyentes. Con toda seguridad, los asalarados no lo olvidarán cuando los capitalistas quieren darles lecciones de patriotismo, exhortarles a la disciplina y convencerles de las duras exigencias de la rentabilidad y de la competencia.

Cerrando de nuevo el grifo del crédito, Ortoli espera obligar al patronato a repatriar —al menos en parte— los capitales «puestos» en buen recaudo en el extranjero. En efecto, si el dinero es cada vez más raro y más caro, cierto número de patronos podrían verse obligados —para hacer frente a sus necesidades de financiación— a emplear los fondos situados en el extranjero.

**5** ¿Por qué procedimiento pueden exportar los capitalistas su dinero? ¿Y qué ventajas les reporta?

• Los procedimientos son muy numerosos. Usted puede tomar una maleta con billetes franceses, cambiarla en la ventanilla de un banco suizo y abrir una cuenta anónima. Puede también comprar en la Bolsa de París títulos extranjeros que quedarán a salvo de una posible devaluación del franco. Puede recurrir a los servicios de los grandes bancos extranjeros, con sede en París, para las operaciones de transferencias lícitas. Para las operaciones ilícitas más vale no indicar el camino a seguir; los defraudadores son ya bastante numerosos. En fin, los grandes accionistas y las dinastías financieras se las arreglan para hacer recomprar a un nombre falso —residente en Suiza— paquetes de acciones que ellos venden en París.

Pero los especuladores, grandes y pequeños, buscan, sobre todo, la seguridad. Temen una nueva crisis social y política, posibles nacionalizaciones, una devaluación que amputaría sus fortunas o incluso una invasión por el ejército soviético. Oyen hablar tanto de la débil «competencia» de la economía francesa, de la debilidad de los márgenes franceses de los beneficios, de la superior eficacia de las firmas extranjeras —y hablan tanto ellos mismos cuando son empresarios—, que el miedo a la quiebra de casa «Francia» les atenaza. Pocos países tienen en peor concepto a su economía.

**6** ¿Cómo explicar, precisamente, que el patronato francés dispone de fondos considerables cuando estima ventajosos situarlos en Alemania y Suiza y que, sin embargo, se queja de que sus

# ¿POR QUE HUYEN AL EXTRANJERO LOS CAPITALES FRANCESES?

*márgenes de beneficios sean netamente insuficientes y muy inferiores a los de otros países?*

• Existen dos claves en este misterio. La primera consiste en que toda empresa dispone de capitales que no emplea inmediatamente: acumula, en particular, los fondos necesarios para la renovación de su equipo y, como es evidente, esta renovación no se hace todos los años. A la espera de tener necesidad de sus reservas para invertir, la firma puede, en ciertas condiciones, emplearlas con fines especulativos.

La otra clave del misterio reside en que la situación financiera de las empresas francesas es mucho más favorable en su conjunto de lo que han hecho creer los patronos. A este respecto, el I.N.S.E. acaba de proporcionar los siguientes datos:

Durante el período mil novecientos sesenta y tres, la ganancia bruta de las sociedades aumentó al 9,4 por ciento anual y no del 4,7 por ciento, como habían asegurado las cámaras patronales.

La ganancia bruta del conjunto de las empresas aumentó un 7,6 por ciento de media anual y no de un 5,2.

Las necesidades de financiación de las empresas (es decir, las sumas de los préstamos necesarios para cubrir sus inversiones) aumentaron un treinta y tres por ciento solamente durante el período mil novecientos sesenta y dos, sesenta y siete y no un cuarenta y ocho por ciento.

Finalmente, la parte de sus inversiones que las empresas han podido pagar con sus beneficios (la tasa de autofinanciamiento) no era —durante el período mil novecientos sesenta y cinco— del 66,6 por ciento, tal como había indicado el patronato, sino del 72,7 por ciento, en franca alza respecto a los tres años anteriores.

**7** Si para obligar a los capitales a volver a Francia el gobierno frena la expansión, ¿no se arriesga a que el año 1969 sea más mediocre de lo previsto?

• El gobierno había previsto para mil novecientos sesenta y nueve una expansión del siete por ciento. Este índice puede parecer elevado; pero Ortoli ha precisado ya que se trataba, en realidad, de un índice medio. En efecto, el siete por ciento de crecimiento se ha calculado respecto al año mil novecientos sesenta y ocho, marcado por las paralizaciones y las perturbaciones debidas a las huelgas. El objetivo del siete por ciento corresponde, en realidad, a un crecimiento del cinco por ciento respecto a lo que habría sido la producción francesa sin las huelgas de mayo-junio. Un crecimiento de este orden

puede ser obtenido a pesar de las medidas restrictivas tomadas actualmente. Nada, en efecto, impide al gobierno el atenuar o levantar estas medidas en primavera o al principio de verano si la expansión, de aquí a seis meses, se viera frenada en demasía. Sin embargo, lo que resulta cierto es que sin fuga de capitales y sin medidas restrictivas, la economía francesa podría desarrollarse más rápidamente. Semjante aceleración del crecimiento supondría una política de inversiones selectiva y planificada; y semejante política no es compatible ni con la libre circulación de capitales ni, incluso, con la soberanía patronal en el cuadro de la libre empresa.

**8** Por primera vez en dos años el número de parados ha disminuido en octubre, ha pasado de 550.000 a 520.000. Esta mejora, ¿va a continuar o se ve comprometida por las medidas de austeridad?

• Incluso en ausencia de las medidas restrictivas no proseguiría durante el segundo semestre de mil novecientos sesenta y nueve. En efecto, la disminución del paro se debe en gran medida a la ampliación de la escolaridad: esta ampliación reduce en cerca de cien mil, este año, el número de jóvenes en busca de su primer trabajo. En mil novecientos sesenta y nueve, estos cien mil jóvenes —cuya entrada a la vida activa ha sido retrasada— se presentarán en el mercado de trabajo. Además, el éxodo rural sumará otras cien mil personas al número de los peticionarios de empleo.

Por consiguiente, un crecimiento real del cinco por ciento anual no exige la creación de nuevos empleos, al menos en la industria: la productividad del trabajo aumenta normalmente un 4,7 por ciento anual. Se puede considerar la agravación del paro en mil novecientos sesenta y nueve como una certeza matemática. Y esto en la misma medida que, en razón del cierre —a principios del año próximo— de un buen número de empresas marginales, los progresos de la productividad serán, indudablemente, más fuertes que normalmente durante el año mil novecientos sesenta y nueve.

Evidentemente, el gobierno no ignora nada de todo esto. Lo mismo que las restricciones del crédito, deshinchando la masa de moneda en circulación y limitando el aumento del consumo, deben impedir un alza de los precios demasiado rápida, e incluso la persistencia de un paro importante debe impedir a los sindicatos convertirse en excesivamente reivindicativos. En general, el gobierno se cubre las espaldas al intentar evitar, mediante pequeños virajes, los escollos de que su ca-

mino está sembrado: el de la inflación de precios, el del estancamiento o la recesión, el del pleno empleo, el de un paro insoportable. Este empirismo y esta falta de programa de conjunto son los que le son reprochados con más frecuencia, tanto desde la izquierda como desde la derecha.

**9** ¿Logrará esta política evitar una devaluación del franco o ésta seguirá siendo probable, por no decir inevitable?

• Los expertos han cambiado ya varias veces de opinión a este respecto. En la actualidad están inseguros. En junio pasado, la mayoría —pero desde luego no todos— creía que se impondría una devaluación hacia final de este año. A partir del otoño se habían vuelto más optimistas; la buena marcha de las exportaciones francesas demostraba que, en el terreno económico, la partida podía ganarse. En efecto, las exportaciones han aumentado un veintuno por ciento en relación al nivel de hace un año, lo que demuestra que la industria francesa sigue siendo «competitiva» sobre los mercados extranjeros en cuanto a precios.

Puede seguir siéndolo a condición de que el coste de la vida en Francia no aumente hasta el punto de provocar una nueva ola de reivindicaciones; a condición de que comerciantes y fabricantes no se abandonen al vértigo de la inflación, y a condición, también, de que los industriales mejoren sus equipos y sus métodos en lugar de dejarse ir al derrotismo.

Al dar un viraje, muy limitado en sus efectos económicos pero rodeado de una gran publicidad, en un momento en que todavía nada justifica la alarma por el porvenir inmediato, el gobierno puede provocar un choque psicológico saludable y hacer volver a la razón a los especuladores de todo tipo. Si hubiera esperado la primavera —lo cual era posible, puesto que quedan cuatro mil millones de dólares en divisas en caja—, un levantamiento de la economía hubiera sido mucho más difícil y hubiera exigido medidas deflacionistas más brutales.

De momento, pues, no hay ni que hablar de devaluar el franco.

Es cierto que a mitad del verano de mil novecientos sesenta y nueve puede hacerse necesario un nuevo examen de la situación. Incluso si el gobierno logra mantener los precios, limitar las alzas de salarios, mantener la competitividad de las industrias mediante nuevos favores fiscales, no es seguro que gane la batalla monetaria. Si el patronato no vuelve a tomar confianza en sí mismo, en la estabilidad del régimen y en la capacidad de aquél para sobrevivir a De Gaulle sin graves sacudidas; si las luchas sociales se reanudan; si la situación internacional se hace tensa, los ca-

pitales, en lugar de volver a Francia, de volver a constituir las reservas de divisas y de consolidar la moneda, pueden seguir su camino subterráneo hacia países considerados «seguros».

En esta eventualidad se haría inevitable una devaluación por razones estrictamente psicológicas y monetarias, incluso si la marca de la economía propiamente dicha seguía siendo buena. No basta una economía capitalista esencialmente sana y competitiva para salvaguardar una moneda; hace falta también que los poseedores tengan confianza en esta economía y en el régimen político que la enmarca y que acepten «jugar el juego». Ortoli ha dicho claramente que actualmente éste no es el caso...

**10** ¿Recurrirá el franco al dólar para salvarse?

• La reconciliación del franco y del dólar es ya un hecho consumado puesto que, a comienzo del verano, la tesorería americana ha participado ampliamente en los acuerdos de cambio concluidos para sacar al Banco de Francia de apuros.

Dicho esto, el general De Gaulle, después de haber atacado al dólar como lo ha hecho en el pasado, no querría que se le infligiera la suprema humillación de tener que mendigar una ayuda, en debida forma, a Washington. Es por lo que su gobierno hace lo imposible —a veces torpemente— para que los franceses exiliados vuelvan a la madre patria.

De hecho, Washington no tiene ningún interés en que la moneda francesa se hunda, lo que llevaría consigo sobresaltos muy graves para las demás divisas occidentales como la esterlina e incluso el dólar. Todo indica —incluidas las entrevistas Fowler-Ortoli de estos días— que se va hacia un período de calma en la guerra de las monedas, calma de la que el franco podría aprovecharse para volver a colocar sobre el tablero de ajedrez mundial en las condiciones menos malas posibles.

El absurdo espantoso de la situación actual es que el régimen, que, desde hace cien años, ha sido más favorable a los poseedores, debe comprarles su confianza al precio de una expansión lentificada y que no está seguro de lograrlo porque los viejos de setenta y siete años tampoco son inmortales. La burguesía francesa tiene miedo. Este miedo la lleva a poner en apuros a su régimen y a su moneda, a serrar la rama sobre la que está sentada. Si, en su espanto, arruina la moneda haciendo necesaria una devaluación, habrá conseguido desacreditar al régimen, desacreditarse a sí misma y crear una situación social tan explosiva que el «salvador» capaz de resolverla a favor de los privilegiados será difícilísimo de hallar.